

Pax romana



Pax romana

Yeyo Balbás

Rocaeditorial

A la memoria de Hilario Polanco.
Porque solo sabiendo de dónde venimos
podemos llegar a entender lo que somos,
y adónde vamos.

Libro primero

... no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, es decir, lo posible según la verosimilitud o la necesidad. En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa —pues sería posible versificar las obras de Herodoto, y no serían menos historia—; la diferencia reside en que uno dice lo que ha sucedido y el otro lo que podría suceder. Por eso la poesía es más elevada que la historia, pues la poesía habla de lo universal; y la historia, de lo particular.

Aristóteles, *Poética*

El historiador se ocupa de los resultados de un suceso; el artista, del suceso mismo. Al describir una batalla, el historiador dice: «El flanco izquierdo de tal ejército fue llevado a tal pueblo, derrotó al enemigo, pero tuvo que retroceder [...]». Para él las fuentes principales de esa batalla son los informes de los diversos mandos y del generalísimo. El artista nada puede obtener de semejantes fuentes: no le dicen nada. Inclusive, el artista se desvía de ellas porque encuentra allí una mentira inevitable [...] esta mentira proviene de la necesidad de describir en pocas palabras la acción de millares de hombres dispersos a lo largo de varios kilómetros, en un estado de violenta excitación, bajo la influencia del miedo, la vergüenza y la muerte.

León Tolstói

I

Llovía. El agua chocaba sobre los cascos de bronce con un continuo martilleo metálico. Marco Vitruvio Rufiano aguardaba en pie bajo la lluvia, mientras sentía que la túnica se le adhería a su cuerpo como una helada segunda piel. Olía a tierra mojada, a cuero, metal y sudor. Una tierra que nunca había estado seca, desde que fue creada en el comienzo del mundo. A su derecha, alguien masculló una maldición. Extrañamente, aquel sonido familiar le tranquilizó. Sin duda, ahora todos pensaban en lo mismo: mañana habría mucho hierro por limpiar.

11

Los que sobrevivieran.

El sonido de un *cornu* les ordenó retirar las fundas a los escudos. Lo hicieron a desgana, sabiendo que pronto se encontrarían completamente empapados. El cuero mojado pesaba como una placa de plomo; el brazo izquierdo les iba a arder durante toda la jornada. Dos parejas de alas y cuatro rayos de Júpiter surgieron bajo cada una de las fundas y resaltaron sobre fondo escarlata. Un gran óvalo de madera, recortado en su parte superior e inferior, con una cúpula de hierro en su centro: a partir de entonces, eso sería lo único que los separaría de la muerte.

Marco respiró hondo mientras esperaba. Era joven, alto y de constitución fuerte. La herencia alpina de su madre se hacía notar en la anchura de sus hombros, aunque su cabello oscuro y una piel curtida por el sol delataban su origen meridional. Un surco blanquecino serpenteaba desde su frente hasta el labio inferior, partiendo su rostro en dos sin desdibujar unas facciones

no desprovistas de atractivo. Esta cicatriz alzaba levemente la comisura izquierda de su boca, dibujándole así una perenne sonrisa irónica que ahora resultaba inquietante, dadas las circunstancias. Sus ojos, de un marrón casi negro, contemplaban el mundo con serenidad y ocultaban un fuego interior que solo afloraba en situaciones como aquella.

Aguardó en pie, junto a sus compañeros, hasta que un griterío surgió desde el interior de un castro envuelto en bruma. Al fin, sus puertas se abrieron: la primera buena noticia desde hacía días.

—Esos bastardos se han confiado —murmuró.

Sonó un nuevo toque de *cornu*, esta vez más largo, y la formación comenzó a avanzar. El lodazal congelado arruinaba sus cáligas, embarrando los calcetines de lana. Se oyeron muchas más maldiciones; algunos se echaron a temblar.

A lo lejos, las puertas no dejaban de vomitar bárbaros. Más de los esperados. Muchos más de lo que los mandos habían asegurado. Algunos veteranos dirigieron miradas de soslayo hacia el extremo derecho de la formación, buscando al centurión, pero este permanecía impasible, como si nada. Atrás, los bisoños murmuraban asustados, pero el optión, con un gesto enérgico, les recordó a quién debían temer.

El viento les trajo el rugido de cinco mil gargantas. La formación continuó avanzando.

Eran una centuria, una unidad que, según la estricta teoría militar romana, estaba compuesta por ochenta hombres. Junto con la que ahora marchaba por delante de ellos, formaba un manípulo. Otros dos manípulos los escoltaban por ambos lados, a cierta distancia: los tratados dictaban que estas seis centurias constituirían una cohorte de cuatrocientos ochenta legionarios. Diez cohortes componían una legión.

Pero ahora no eran una *legio*, sino un *vexillatio*, un pequeño destacamento de dos cohortes. Y allí, en el norte de la Galia, más allá de los confines del mundo civilizado, la teoría militar valía tanto como una puta de la Suburra: la guerra y la disentería habían reducido su número a poco más de la mitad; habían tenido que echar mano de muchos jóvenes reclutas que jamás habían pisado un campo de batalla.

La misión del *vexillatio* había sido asegurar el control de

una vía de suministros durante la temporada invernal. Las órdenes del procónsul habían sido claras: evitar el enfrentamiento con cualquier fuerza que los superase abiertamente en número. Ahora se encontraban frente a una muchedumbre de bárbaros, al pie de un castro perdido en un bosque de Bélgica. Y es que, a sus espaldas, observándolos desde lo alto de una colina, un ambicioso aristócrata deseaba regresar a casa convertido en héroe.

Un coro de tubas hizo que se detuvieran, mientras un griterío en multitud de lenguas surgía de nuevo, esta vez desde sus propias filas. Marco vio a los auxiliares correr en dirección al enemigo. Una avalancha de galos se precipitó colina abajo en desorden. Se produjo un choque brutal a mitad de camino. Los celtas utilizaron la pendiente para cargar con furia. Sus gritos y el entrec chocar de las armas llegaban apagados a causa de la distancia y la bruma.

El centurión Cayo Licinio Varrón decidió que había llegado el momento de la arenga. Tratando de hacerse oír sobre el estruendo, deambuló frente a sus hombres como un animal enjaulado:

13

—*Milites!* Es mi deber recordaros vuestros votos para con el Senado y el pueblo de Roma —gritó—. Pero no debería ser yo quien os explicara cómo, hace tres siglos, los galos saquearon nuestra amada ciudad, o quien os relatase los muchos crímenes que cometieron, de sobra conocidos por todos, bajo los estandartes del púnico Aníbal.

Les hablaba con el rostro congestionado, mientras ellos contemplaban la batalla que estaba teniendo lugar tras él.

—Ningún soldado romano debería olvidar jamás a sus compañeros caídos a orillas del Sambre —añadió, inapelable—. Y menos aún vosotros, pues fueron los belgas quienes llevaron a cabo aquella traicionera emboscada contra nuestro amado Julio César. Romanos: ellos son los únicos culpables de todos nuestros padecimientos; han sido los morinos, pueblo belga de estirpe gala, quienes, violando su juramento, se han revelado contra nuestro imperio.

Durante un momento, la centuria guardó un silencio reverente: para el pueblo romano, justicia era sinónimo de venganza, y esta no solo era un derecho, sino una obligación moral. Sin

embargo, bastó una leve expresión sarcástica en el rostro de Annio para que Marco comprendiera lo que su viejo compañero de armas quería darle a entender: su centurión no había dicho nada de abandonar el campamento de invierno contraviniendo las estrictas órdenes del procónsul, ni de haber forzado marchas durante once días, sin suministros suficientes, ni de por qué ahora se veían obligados a combatir, al no disponer de comida para un solo día más, perdidos en territorio hostil, sin retirada posible, jugándose el todo por el todo.

Finalmente, Cayo Licinio Varrón añadió algo más:

—Y, sobre todo, no olvidéis el botín que os corresponde por derecho de guerra.

Por primera vez desde hacía días, se pudieron ver sonrisas, acompañadas de murmullos de aprobación.

—Varrón no es Cicerón, pero conoce su oficio —masculló Marco.

14 Annio bajó la vista resignado. Era uno de los miembros de su contubernio, con los que compartía tienda, olla y una mula sarnosa para transportar parte de su impedimenta. Se trataba de un tipo bajito, bien entrado en la treintena, con un rostro jovial repleto de marcas de viruela, que repartía su tiempo entre la bebida, el juego y las putas, de forma ecuánime.

Ahora los auxiliares se retiraban en desbandada atravesando el espacio existente entre los manípulos para situarse tras las dos cohortes, protegidos por la lluvia de proyectiles de los honderos baleares. Marco los vio pasar, cubiertos de barro y sangre, cargando con sus heridos. Durante un instante, pudo contemplar varios rostros atormentados envueltos en una maraña de pelo, colgando de la cintura de alguno de ellos.

Pensó que él podría acabar así ese mismo día: decapitado, yaciendo en un barrizal, devorado por los cuervos. Quizá su cabeza acabaría conservada en aceites dentro de una cabaña, más allá de los límites de la civilización. Aferró con fuerza el pilo. El tacto del arma de asta y el peso de la cota de malla consiguieron transmitirle confianza.

El torrente de auxiliares se fue agotando. A lo lejos sonaron las tubas. El *cornicen* de su centuria repitió la orden: había llegado su turno. Con su áspero acento samnita, el centurión vociferó algo ininteligible. Como un resorte, los cuarenta y cinco

hombres que aún formaban la maltrecha centuria giraron hacia la derecha y comenzaron a avanzar. Todos sabían que la segunda centuria de cada uno de los tres manípulos de las dos cohortes estaba haciendo lo mismo. Cuando se encontraron en el espacio que existía entre manípulos, un nuevo grito les ordenó girar a la izquierda. Obedecieron y continuaron marchando sin romper la formación. Las doce centurias se encontraban ahora perfectamente alineadas al pie del poblado amurallado.

Silencio. Por un momento, los bárbaros habían dejado de gritar: desde lo alto de la colina, el espectáculo debía de ser impresionante.

Los legionarios comenzaron a golpear sus escudos. Un ritmo primario, demencialmente constante, resonó en el campo de batalla como el sonido de una marcha fúnebre. Era una amenaza, algo que creaban y, al mismo tiempo, los arropaba. Algo que les hacía sentirse parte de una entidad superior, que les hacía mejores, más fuertes.

«Somos *milites*. Legionarios. Las mulas de Mario. Y este es el latido de la máquina de guerra de Roma.»

A sus espaldas, las tubas sonaron de nuevo y, como un eco, el resoplido de los *cornua* se difundió a lo largo de la línea de batalla. Las dos cohortes comenzaron a avanzar hacia el enemigo, golpeando el escudo a cada paso. Desde lo alto, los bárbaros hacían honor a su nombre, gritándoles insultos y desafíos en una lengua incomprensible. Poco a poco, una muralla de grandes escudos de brillantes colores fue aproximándose, hasta que al fin los galos cargaron colina abajo.

15

Ya no llovía: jarreaba. La lluvia azotaba su rostro; el agua helada le había vuelto casi insensible. Un rugido atronador le envolvía y se confundía con el sonido de sus propios gritos. Aquella enorme avalancha de hombres medio desnudos se precipitaba sobre él. Ya casi podía distinguir sus rostros y ver el odio reflejado en ellos. Por primera vez en mucho tiempo, Marco sintió calor. Notó que se extendía por su entrepierna y bajaba por el muslo. En ese momento, un enjambre de jabalinas remontó el vuelo y cayó sobre la formación romana. Al igual que el resto, se ocultó bajo el escudo. Notó varios impactos sobre él,

mientras a su alrededor llovían piedras y lanzas. Entre las maldiciones y los gritos de dolor, pudo distinguir el sonido del *cornu* y, gracias a él, supo que sus dos primeras filas arrojaban los pilos. Solo cuando oyó el estruendo del choque, alzó la vista: los galos habían destrozado su formación y habían llegado hasta la tercera línea.

Trataron de recomponer el cuadro. Annio pasó a ocupar el puesto de un compañero que yacía sobre un charco de sangre. Una cabellera rubia sobresalía por encima de un muro de escudos y una larga espada descendía con potentes tajos. Varios heridos se retiraban a gatas, mientras los dardos caían por doquier.

Sonó un toque de *cornu* y la primera fila retrocedió, para ser sustituida por la segunda. Marco ganó un puesto, tratando de no chocar con los compañeros que se retiraban hacia el fondo de la formación. Niñato, tras ocupar el lugar de Annio, arrojó su pilo.

El opción le golpeó en la cara.

«Imbécil —pudo leer en sus labios—. Acabaréis matándonos.»

16 Era otro de sus compañeros de contubernio, el segundo al mando de la centuria; un veterano arrugado y robusto como el tronco de un enebro. Un cuerpo lleno de cicatrices, tres incisivos rotos y las orejas desgarradas por los guantes del pugilato describían mejor que nada su medio siglo de existencia.

Niñato se palpó la boca, contemplando su propia sangre, aún sin comprender.

—A esta distancia, podrías haberle alcanzado a alguien de la primera línea —le explicó.

Una piedra que golpeó su casco le interrumpió. Una jabalina se clavó en el suelo, a una pulgada de su pie. A su derecha, alguien se retiraba cojeando, con una herida en el muslo. De nuevo, oyó el *cornu*: avanzó seis pasos, cruzándose con dos legionarios, y arrojó el pilo con todas sus fuerzas. Al desenfundar su *gladius*, imaginó a un enemigo ensartado en él.

Una vez más, sonó el *cornu*, y la primera línea se retiró. Entonces se encontró ante un océano de gigantes enfurecidos, blandiendo largas espadas de doble filo. Pudo ver a Lucio Cornelio arrastrándose, con sus intestinos desperdigados por el fango. Un hombre desnudo con el cuerpo pintarrajeado de azul trataba de decapitarlo.

Cuando el bárbaro alzó la vista, por un momento sus piernas no respondieron. Su cuerpo no le obedecía, solo pensaba en la muerte, en todos sus compañeros caídos en aquella tierra fría y hostil, donde el sol era una pálida esfera oculta tras un velo gris. Pensó en aquellos que mendigaban en los foros, lisiados de por vida, atrapados entre un pasado aciago y un futuro imposible. Por un momento, sintió miedo.

Entonces dejó de pensar. Dio dos pasos y dejó caer el peso de su cuerpo sobre la pierna adelantada. El centro de su escudo impactó en el rostro del bárbaro. Se oyó un crujir de huesos. Intuyó algo a su derecha: una figura alzaba su espada por encima de la cabeza. Un paso, una nueva carga de peso y extendió el brazo girando la muñeca. La hoja de su espada se abrió paso entre las costillas y atravesó el pulmón.

Retrocedió, tratando de mantener la línea. Un golpe en su escudo le hizo tambalearse e instintivamente acuchilló en su dirección. Por segunda vez, sintió calor, esta vez en el rostro, pero continuó luchando sin pararse a pensar si la sangre era suya o de otro. Tras lo que le pareció una eternidad, oyó un nuevo tañido de *cornu*.

17

Se retiró hacia el fondo de la formación con los pulmones ardiendo. A medida que se incorporaban a la retaguardia, el optión iba distribuyendo a sus hombres, tratando de reorganizar el cuadro. Marco se topó con Niñato y Annio.

—El centro se está debilitando —comentó el más joven.

—Nos falta gente —dijo Annio, abandonado su habitual sarcasmo, lo cual dejaba bien claro que las cosas no iban nada bien.

A sus espaldas se habían desplegado los baleares, y ahora utilizaban sus hondas más largas para arrojar proyectiles de plomo por encima de ellos.

—Al parecer, el legado ha ordenado reforzar el centro —añadió.

Si se observaba la línea en toda su extensión, la razón resultaba obvia. Como era habitual, el ala derecha había ido ganando terreno, al mismo tiempo que la izquierda retrocedía. Esto era algo normal en un ejército en el que todo hombre era diestro,

por naturaleza u obligación, y avanzaba hacia el lado de su arma, buscando refugio tras el escudo de su compañero. Pero ahora su centro había comenzado a ceder ante el empuje de los galos y la formación presentaba una alarmante curvatura.

Se habían materializado todos sus temores. La noche anterior, mientras agotaban el escaso vino que aún les quedaba, los miembros del contubernio habían hablado sobre ello hasta la madrugada. El centurión Quinto Celio Bíbulo había llegado con la noticia: iban a desplegarse en un solo *acies*, en lugar de en un *duplex acies*. La elección era difícil: con una línea doble, la segunda cohorte actuaría de reserva para reforzar los puntos débiles de la primera, aunque así difícilmente podrían presentar un frente de batalla lo bastante extenso como para no ser rebasados por las alas. Esto no sucedería con las dos cohortes en paralelo, pero una formación tan poco profunda siempre corre el riesgo de romperse en algún punto. Y, una vez ocurrido esto, todo estaría perdido.

—Los galos son inconstantes —había asegurado Annio—. Su carga siempre es fuerte al principio, pero si no logran debilitarnos, se desmoralizarán. Si conseguimos aguantar...

—No sabemos cuántos son. —El opción le interrumpió con sequedad.

—El legado...

—Nuestro legado no sabe una mierda —añadió el veterano—. Y Licinio Varrón anda tras una *corona muralis*. Nos enviará al Hades con tal de conseguirla.

—Nuestro legado no sabe lo que hace —concluyó Quinto, con resignación—. Habla de desplegar dos cohortes, sin darse cuenta de que en realidad solo tiene una. Con las dos unidades al completo, esta táctica resultaría arriesgada. Tal y como nos encontramos ahora...

El eco de aquellas palabras todavía resonaba en su mente mientras ganaba puesto tras puesto. Esta vez combatiría junto a Niñato y Annio, y la espera sería mucho menor. De algún modo, la compañía de sus dos contubernales le reconfortaba, aun sabiendo que se dirigían hacia las mismas puertas del Tártaro. Una vez más, arrojó el pilo y, de nuevo, desenvainó su *gladius*. Un soldado bisoño se retiraba cubriéndose el rostro con las manos, profiriendo horribles gritos de dolor. Otro compañero

se lo llevó a rastras, mientras aullaba. El resto de los novatos bajaron la vista, tratando de ignorarlo. Marco frunció el ceño.

«Un solo hombre puede hacernos más daño que toda una caterva de bárbaros.»

Aguardó su turno. El corazón le resonaba en el pecho como el tambor de un trirreme.

Al fin, la primera fila se retiró, y se quedó frente a un ejército de gigantes enfurecidos. Sus largas espadas descendían una y otra vez destrozando escudos, y con sus lanzas buscaban un hueco entre ellos. Una forma de combatir tosca, individualista, predecible. Con todo, eran hombres extremadamente valientes, de una fortaleza proverbial, unos enemigos formidables.

Luchó de forma rutinaria, a la espera de un error. Pero, a su izquierda, Niñato lanzó una estocada abriendo su guardia. Tuvo que avanzar para cubrirle el costado derecho con su escudo, protegiéndose a sí mismo con un tajo ascendente. El primer tercio de su espada alcanzó la mano que empuñaba un arma: logró cubrir el ángulo, pero no impedir que una lanza pusiera a prueba la resistencia de su cota de malla.

Sintió una fuerte punzada en el pecho y cayó al suelo. Al incorporarse, dedicó un gesto de agradecimiento a Annio y volvió a ocupar su puesto, respirando fuego.

«Estamos jodidos», le decía la mirada de su amigo.

No le faltaba razón. Por cada legionario que caía, tres galos habían muerto, pero la línea seguía cediendo lentamente. En cualquier momento, su formación se rompería en algún punto. Entonces todo estaría perdido. Marco continuó luchando, a sabiendas de que aquel desenlace era inminente.

Debían ganar tiempo, resistir todo lo posible. Su única esperanza residía en que Annio no se hubiera equivocado, en que su enemigo, al verlos resistir, acabara desmoralizándose.

Paulatinamente, el empuje galo fue menguando, hasta que su formación se convirtió en un rebaño de hombres amontonados, como ovejas en una tenada. Algunos que trataron de retroceder para abrirse paso entre sus compañeros eran acuchillados por la espalda. Los que intentaban combatir no podían blandir sus largas espadas, por falta de espacio. Pero ellos sí pudieron hacer uso de sus *gladii* para apuñalarlos en el vientre. Avanzaron de forma implacable, ebrios de sangre, entre un mar de ca-

dáveres y el cañaveral formado por millares de lanzas clavadas en el suelo, pisoteando a sus heridos hasta que morían ahogados en el barro. Acuchillaban y tajaban, golpeaban y fintaban, ateridos a causa del agua helada que caía sobre ellos y les llegaba hasta los tobillos.

Uno tras otro, los estandartes enemigos fueron cayendo a medida que su ejército era, literalmente, aplastado. Solo cuando se encontró ante un muro de compañeros cubiertos de barro y sangre, supo que la batalla había terminado.

Entonces, los soldados se abalanzaron sobre los cadáveres, buscando brazaletes y torques. Se oyeron los gritos de los moribundos a los que degollaban para hacerse más fácilmente con sus armas.

Marco echó un vistazo a su alrededor, tratando de comprender lo que había sucedido. Oyó la entrecortada voz de Annio a su espalda.

—Hemos debido de embolsarlos —dijo entre toses.

20 Él asintió en silencio. Una vez más, la disciplina se había impuesto. Toda la fuerza y el valor derrochados por aquellos temibles guerreros no habían servido de nada. Ahora, o habían muerto, o bien o acabarían como esclavos.

Así era la guerra: para conservar tu libertad como pueblo, debes renunciar a tu libertad como persona.

Deambuló por el barrizal sembrado de cadáveres hasta toparse con una figura tendida en el suelo. Varios huesos astillados asomaban por sus heridas, y sus facciones estaban desfiguradas por el dolor. Una macabra versión de la famosa escultura de Epígono, traída desde Pérgamo por algún sarcasmo del destino. El galo moribundo alzó la vista, ofreciéndole el cuello en un gesto universalmente conocido como «recibir el hierro».

Durante un instante, Marco experimentó un absurdo sentimiento hacia el bárbaro, algo que iba mucho más allá de la piedad: una solidaridad nacida de la conciencia de saber que él podría haber estado en su lugar.

Apoyó la punta de su espada sobre la clavícula del galo y la hizo descender empleando todo el peso de su cuerpo hasta atravesarle limpiamente el corazón.

II

Con una decisión inusitada, el legado Fanio Cepión fue en pos del enemigo, a pesar de las quejas de aquellos que no tenían fe en la empresa. Forzando marchas, logró alcanzar a los rebeldes y los obligó a presentar batalla a los pies de Gesoriacum. La lucha se mostraba ardua e impredecible para el general romano, pues tan solo contaba con dos cohortes, mas con una apasionada arenga supo encender el ánimo de sus hombres.

21

Entonces, siguiendo el ejemplo de Aníbal en Cannas, dispuso una línea de batalla extremadamente extensa y débil. Pese a ello, sus hombres pudieron aguantar con vigor la fiera embestida de los galos. Allá donde flaqueaban, enviaba presurosamente refuerzos y él mismo en persona acudió a la lucha, aportándoles un ejemplo que despertó su deseo de emulación. Finalmente, su mañosa táctica obtuvo los frutos esperados, pues la concavidad de la línea hizo que el ejército bárbaro fuera envuelto, a partir de lo cual la batalla se tornó en carnicería, y en ella pereció hasta el último de los morinos.

La mañana se había presentado deslumbrante, o al menos todo lo deslumbrante que puede ser un día de febrero en el norte de la Galia.

Con el cálamo en la mano, Marco dibujaba las murallas del poblado recién conquistado, que serpenteaban por la colina,

aprovechando toda clase de accidentes naturales. En el punto más elevado había instalado su groma, una cruceta de madera dispuesta horizontalmente sobre un pie, nivelada gracias a cuatro plomadas que pendían de sus esquinas mediante cordones. A decenas de pasos de distancia, Annio, Niñato y el optión situaban las varas de medición de acuerdo a sus indicaciones, hasta varios puntos de referencia establecidos para descomponer las formas del terreno en triángulos y rectángulos, polígonos elementales cuya área y cuyos lados podría calcular con facilidad gracias a las enseñanzas de Pitágoras y Tales de Mileto.

Marco era mentor, un ingeniero militar encargado de la construcción de fortificaciones y campamentos.

—Levántala más —gritó.

—Maldita sea —rugió Annio—. ¿Es necesario tanto cálculo? Aquí arriba hay agua, un techo bajo el que cobijarse y unas sólidas murallas. ¿Qué más hace falta?

22

Escuchó sus protestas con indiferencia, pues había descubierto que refunfuñar era solo un hábito más. Sin duda, le estaba agradecido por ayudarle, pues eso le ahorraba tener que desempeñar otras tareas mucho más desagradables. Se habían pasado toda la mañana con eso, pues continuamente el ajetreo de los legionarios, que no dejaban de amontonar cadáveres, los interrumpía.

—¿Y por qué debemos permanecer aquí? —gruñó de nuevo el hombrecillo—. ¿No se supone que una flota iba a venir a recogernos?

—Lo que yo me pregunto es adónde nos llevarán esas naves —añadió el optión.

—Dicen que Octavio planeaba la invasión de Britania, antes de verse obligado a marchar hacia el norte de Hispania —razonó Niñato—. Es posible que haya retomado su proyecto inicial.

—La guerra cántabra no marcha bien —repuso el optión—. Y el *princeps* no es de los que comienzan algo antes de haber terminado con lo que tienen entre manos.

Corría el año 729 desde la fundación de Roma y tan solo hacía seis que la guerra civil entre los miembros del triunvirato había quedado sentenciada frente a las costas de Accio. Meses después, Octavio derrotó definitivamente a Marco Antonio

y a la meretriz de Oriente en Alejandría. Tras una conveniente purga, el Senado le había nombrado «primer ciudadano» y Augusto, lo que le legitimaba el poder que le otorgaban sus legiones. De esta forma, se mantenían con vida las viejas instituciones republicanas, pero solo gracias a mantener una piadosa farsa. Una comedia según la cual en Roma no había ninguna monarquía, y los miembros de la curia podían expresar libremente sus opiniones, algo que la plebe había aceptado gustosamente a cambio de la promesa de paz y de tener el estómago lleno. De este modo, el populacho con el que se había construido un ejército conquistador de medio mundo, acabaría convertido en un ocioso rebaño, solo preocupado por las entregas gratuitas de trigo y los espectáculos del circo.

Tras participar en Accio, la IX Legión había sido enviada hasta Aquitania, donde tuvo que sofocar una revuelta, y a continuación fue desplazada hacia el norte, para formar parte de un ejército cuyo objetivo era invadir Britania. Sin embargo, estos planes pronto fueron abandonados debido al cariz que iba adquiriendo la guerra cantábrica. Así, mientras varias legiones marchaban hacia Hispania, la novena fue dividida en pequeños destacamentos para asegurar el control de la Galia, conquistada tan solo tres décadas atrás.

23

—Yo creo que nos destinaran al Rin, como guarnición —aseguró Niñato—. Se está licenciando a los veteranos, entregándoles dinero y tierras. En Roma, la gente está harta de tanta guerra, y Octavio ha jurado traer una era de paz una vez que haya puesto orden en las provincias.

—Roma lleva cuatro siglos pacificando todo el maldito orbe terrestre —terció con aspereza el optión—. Cada guerra que emprendió iba a ser la última, pero solo trajo otra más. Mi padre sirvió a César, y mi abuelo a Cayo Mario; y yo llevo casi veinte años de campañas ininterrumpidas: siempre ha habido guerra y siempre la habrá.

—«Si quieres paz, prepara la guerra» —recitó Marco, irónico.

—Maldita sea —se lamentó Annio—, una cosa es defender Italia en *Aquae Sextiae*, o conquistar Egipto y disfrutar de la compañía de hermosas esclavas sirias, y otra muy distinta es acabar aquí, en el culo del mundo.

—No deberías haber hecho caso a los oficiales de reclutamiento —le señaló su amigo tras realizar una nueva medición—. ¿O es que tú también has abrazado el estoicismo, convirtiéndote en un amante de la paz?

—Soy un honrado profesional de la guerra —manifestó el aludido con orgullo—. Mato, incendio y mutilo por solo doscientos veinticinco denarios al año, es decir, unos diez ases al día. Si además se me descuenta una parte para costear mis armas y el fondo de pensiones, apenas me queda una mísera cantidad para poder mantener mi acostumbrado modo de vida castrense.

—Antígono, como médico, ya te ha advertido que...

—Los griegos lo tienen fácil, porque son unos depravados y lo mismo les da la carne que el pescado —prosiguió Annio—. Pero resulta difícil disfrutar de los placeres de Venus cuando apenas hay una mujer civilizada en cien millas a la redonda, y las únicas disponibles se aprovechan de la situación de forma abusiva.

24 —Odias tener que pagar por follar —concluyó el opción.

—En absoluto, lo que me molesta es la falta de ética profesional —razonó Annio, imperturbable—. Además, ya sabéis que mi corazón pertenece a una dama.

Mientras hablaban, Marco advirtió que le subía la fiebre. El día iba a ser duro y lo peor estaba aún por llegar.

Y como podía empeorar, lo hizo. Le ordenaron acudir a la reunión del consejo que estaba teniendo lugar en la acrópolis. Con la frente ardiendo, se presentó ante el legado, rodeado por una docena de centuriones, entre los cuales se encontraba Quinto y Licinio Varrón.

Fanio Cepión vestía una túnica tan deslumbrante como el mármol del monte Himeto y, apenas oculta por su capa, una coraza de bronce convertía su torso en el de un dios griego, sobre el que se erguía un rostro sonrosado de boca ancha y labios carnosos que le otorgaba aspecto de fauno, impecable gracias al trabajo del barbero. Su cabello, rubio y ensortijado, con dos largas patillas que morían en el nacimiento de su ancha mandíbula, había sido meticulosamente peinado hacia delante. La apariencia de aquel patricio de treinta y dos años contrastaba con la de los hombres que lo rodeaban, los cuales habían des-

pojado de sangre y barro su indumentaria con un grado de éxito muy desigual. Tras una batalla y quince días marchando a través de barrizales, Marco consideró que nadie podía pedirles mucho más, al igual que a él mismo.

Tras verse sometido a un breve escrutinio, un rictus en los labios del noble le dejó claro que pensaba de una forma distinta. El mentor se había mudado de túnica y calzones, pero ambos se encontraban salpicados de fango. Su cota de malla presentaba un desgarrón allá donde una lanza la había desmachado, y en sus hombreras aún se podían adivinar varios regueros de óxido, al ser la parte más expuesta a la lluvia. Sin embargo, había limpiado a conciencia tanto la espada como el puñal, que ahora colgaban con pulcritud de su cintura, dentro de unas desgastadas fundas de madera reforzadas por un armazón de latón.

Durante un instante, el mentor bajó la vista, asaltado por un absurdo sentimiento de culpa. Al levantarse se encontró de nuevo ante una mirada inquisitiva. Estaba claro que su superior esperaba que dijera algo, pero él no sabía muy bien qué. Con todo, aceptó el desafío, y de forma deliberada desvió su atención hasta los cuerpos de sus compañeros que yacían amontonados sobre el barro. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, había irritación en los del legado: ambos sabían quién se había enfrentado a millares de bárbaros y quién había contemplado el espectáculo sentado cómodamente en su cátedra.

La situación se estaba volviendo peligrosa. Tras un carraspeo, Quinto acudió en su ayuda:

—Estábamos considerando la posibilidad de trasladar hasta aquí el campamento.

Él asintió y, tras desplegar sus planos sobre la mesa, contempló el paisaje circundante, comparándolo con las líneas trazadas por su cálamo. El castro se asentaba sobre una colina que dominaba la orilla oriental de una caudalosa ría que desembocaba en el mar británico y, hacia el noroeste, casi se podía intuir la costa de aquella remota isla. En el sur se encontraban los campos de cultivo, ahora estériles, y más allá, sobre otro altzano en medio de una inmensa llanura boscosa, habían construido su campamento de campaña. Rodeado por un perímetro

defensivo formado por una fosa y un terraplén, habían dispuesto las habituales estacas portátiles para formar una débil empalizada, reforzada por una maraña de ramas clavadas hacia el exterior hasta formar una cerca casi impenetrable.

26 Observó su obra con orgullo, pues se trataba de un campamento de libro. Un recinto perfectamente rectangular, de esquinas redondeadas, en el que la longitud de su lado menor era las dos terceras partes del mayor. En cada uno de sus lados había una puerta protegida por una prolongación de las defensas en forma de arco: la orientada hacia el enemigo era la puerta pretoria; frente a ella se encontraba la decumana. Ambas estaban unidas por un camino toscamente empedrado que atravesaba el campamento, conocido como vía pretoria. Las otras dos entradas eran la principal derecha e izquierda, conectadas por la vía principal, de forma que estas dos amplias sendas dispuestas de forma perpendicular coincidían con los dos ejes del recinto. En el punto en el que ambas se cruzaban se encontraban los *principia*, cuartel general donde se custodiaban las insignias de las unidades y, frente a él, el pretorio, el pabellón del comandante y su guardia personal. Por detrás de este, una nueva vía, paralela a la principal y llamada quintana, se prolongaba de lado a lado, de forma que esta red de caminos delimitaba seis parcelas en las que se disponían las tiendas de campaña de cada contubernio de ocho hombres, agrupadas por centurias y separadas del perímetro defensivo por un amplio espacio llamado intervalo.

Efectivamente, se trataba de un campamento de campaña, también llamado «de verano», pues existía la norma no escrita de que las campañas militares debían realizarse durante la temporada estival. Pero incluso aquellos acuartelamientos destinados a hospedarlos en barracones durante los largos meses de invierno contaban con una disposición idéntica, de forma que esta siempre les resultara familiar allá donde estuvieran, ya fuera en los bosques de Germania, ya fuera en los desiertos de Libia.

Marco centró de nuevo su atención en el dibujo del poblado e inspiró antes de comenzar:

—Se trata de una fortificación construida por bárbaros y, por tanto, su planta es irregular, pero, pese a ello, efectiva. El

muro gálico está formado por una estructura combinada de vigas de roble y mampostería sin argamasa, por lo que es muy resistente a los arietes y, al mismo tiempo, resulta casi inmune al fuego. Derribando el tramo existente entre estos dos puntos y uniéndolos por medio de un muro recto, podremos aprovechar buena parte de la construcción, haciéndola rectangular.

Hizo una breve pausa, para comprobar que su audiencia permanecía atenta a sus palabras.

—La puerta pretoria y la decumana han de situarse en los accesos ya existentes, lo que obliga a que la vía pretoria sea oblicua —continuó—. Aquí mismo, se asentarían el pretorio y los *principia*. Habría que derruir las cabañas que aún se mantienen en pie y allanar el terreno en esta zona, para poder construir los barracones.

Una vez que hubo terminado, alzó la vista. Como era habitual, el centurión Licinio Varrón le observaba con el ceño fruncido, aferrando con fuerza su vara de vid, a la espera de encontrar alguna fisura en su exposición. Una perspectiva que sin duda le resultaba tan atractiva como a un zorro colarse en un gallinero. Era un hombre cuadrado, tanto en rostro y hombros como en sus propias convicciones personales, para el que todo intercambio de opinión constituía una guerra abierta; para él, toda relación humana era una lucha por establecer la supremacía. Desde el mismo momento en el que ingresó en su unidad, le había profesado esa clase de hostilidad que solo puede demostrar aquel que se sabe inferior a quien desprecia. La creación del *vexillatio* le había supuesto a Marco un temporal ascenso, al otorgarle la oportunidad de realizar las labores de mentor y, por tanto, ser el máximo responsable de la construcción de los campamentos de su destacamento. A partir de entonces, su desprecio se había convertido en odio, y solo su condición de inmune, además del precario equilibrio de poder existente entre los mandos intermedios, le había librado de serios problemas.

Este equilibrio dependía en gran medida de los dos suboficiales situados a su derecha. Cayo Voconio Mauro era su *pilus prior*, el centurión de mayor rango de la segunda cohorte. Un hombre bajo y enjuto, de cabello grisáceo y cejas pobladas, bajo las que se ocultaban unos ojos inquietantemente vivaces. Un

rostro inexpresivo, de pómulos hundidos, boca estrecha y unos finos labios que solo abría en ocasiones contadas. A causa de la edad y la costumbre, las escamas de bronce de su cota de mallas parecían formar ya parte de su cuerpo, al igual que las grebas que cubrían la parte inferior de sus piernas.

Ahora le observaba fijamente, con las manos reposando sobre los pomos de sus armas, en una pose relajada, aunque al mismo tiempo enérgica. Su aspecto, metálico y correoso, coincidía por completo con su carácter: veterano de César en sus guerras gálicas y civiles, superaba ya el medio siglo de existencia y era respetado por todos, temido por la mayoría y por nadie ignorado.

Quinto, por el contrario, era su antítesis. A sus veintitrés años de edad, su centurionado solo obedecía al hecho de contar con una renta anual superior a los cuatrocientos mil sestercios, lo cual le convertía en miembro de la clase equestre. Por tanto, mientras que para el resto de los centuriones su rango constituía el punto culminante de sus carreras, para él solo había sido un comienzo. De familia acomodada, aspecto agraciado, carácter afable y cínico, su padre le había obligado a alistarse a causa del rumbo licencioso que había adquirido su vida.

Marco había disfrutado de su amistad desde el mismo momento en el que ingresó en la Novena tres años atrás, y pronto el joven centurión acabó participando en las informales reuniones de su heterogéneo grupo de camaradas. Respecto a su estado de gracia con Voconio Mauro, obedecía a un respeto que se había ido fraguando poco a poco y al simple hecho de que detestaba a Licinio Varrón.

Sin embargo, el *pilus prior* no iba a ser por ello menos exigente con su trabajo.

—¿Y los almacenes? —inquirió.

—Los hórreos para el grano pueden edificarse aquí. —Señaló con el índice un punto en el papiro—. Hay una fuente en el castro, aunque podríamos levantar un brazo hasta el río, para asegurar la aguada.

Tras sumergir la punta del cálamo en el tintero, trazó sobre el plano una prolongación de las defensas, en forma de dos líneas paralelas que llegaban hasta el borde de una ancha franja azul. Pero el problema era otro. Ambos lo sabían.

—Se trata de una disposición inusual —añadió Voconio Mauro.

—Al igual que las circunstancias en las que ahora nos encontramos.

Los centuriones intercambiaron miradas de inquietud, pues se trataba de una cuestión de vital importancia. Más de un siglo atrás, durante el transcurso de las guerras celtibéricas, el cónsul Fulvio Nobilior decidió invernar en un campamento de verano frente a Numancia. Obligados a dormir en tiendas de campaña y acosados por los arévacos, muchos soldados murieron de enfermedad. Por otra parte, construir una fortificación aprovechando las defensas de un castro no era algo del todo inusual, y el propio Julio César había recurrido a ello durante sus guerras gálicas. Aunque ya habían dejado atrás los mayores rigores de la estación fría, resultaba obvio que esa solución era la más sensata, dado el lamentable estado de la tropa.

Uno tras otro, la atención de los suboficiales fue recayendo sobre el legado. Tras un silencio teatral, concebido para aumentar la expectación, se dignó a hablar.

29

—Los tratados dicen que el intervalo ha de contar con al menos sesenta pies de ancho —señaló—. Y en este lado solo tiene la mitad.

La punta de su índice recorrió el papiro por el espacio existente entre la muralla y los círculos que representaban las viviendas.

—El intervalo tiene como objeto mantener las tiendas lejos del alcance de los proyectiles enemigos y, al mismo tiempo, permite formar a las tropas para realizar una salida —respondió Marco de forma monótona—. El lado oeste cuenta con un desnivel de más de sesenta grados, lo que reduce el alcance efectivo de las armas arrojadas hasta casi una tercera parte. Por lo demás, creo que existe espacio suficiente para desplegarlos.

—No es suficiente para formar a dos cohortes —repuso Fannio Cepión.

—Es que no somos dos cohortes.

Su réplica sonó como una blasfemia en el interior de un templo; su instinto le advirtió de que, por algún motivo, había

pinchado en hueso. No sabía qué era lo que se cocía y, por tanto, había cometido el más grave error en el que puede caer un estratega: realizar una acción arriesgada sin reconocer el terreno.

Como era de esperar, Licinio Varrón no desaprovechó la oportunidad.

—Una cohorte es una cohorte, y lo seguirá siendo aunque esté formada por tres legionarios —manifestó—. No podemos olvidarnos de los genios, los espíritus protectores de cada una de las centurias. El sentimiento de pertenencia a la unidad, la identidad colectiva que simboliza cada *genius*, es lo que diferencia un ejército de un simple rebaño de hombres.

—Como espíritus, los genios son incorpóreos —respondió Marco con sencillez—. No creo que se ofendan si no cuento con ellos a la hora de calcular el espacio que ocuparán en la formación.

Las risas sonaron apagadas, casi inaudibles, pero se dio cuenta de que había cometido un nuevo error, y no era precisamente haber ofendido a los espíritus.

30 Licinio Varrón era de esa clase de individuos que, ante una sequía, confiaba en que los sacrificios bastarían para traer el agua de la lluvia. Un rústico vestigio de aquel pueblo latino que, según un historiador griego, se enorgullecía de ser el más piadoso del mundo, más incluso que los propios dioses. Sin embargo, si Roma había construido un imperio era gracias a gente como Marco, que preferían construir acueductos, confiando tanto en los dioses como en su propio intelecto. Muy pocos habrían considerado impías sus palabras; la razón que se le escapaba debía encontrarse en alguna otra parte.

—La verdad es que me preocupan cuestiones más mundanas —reconoció Cepión—. El trazado de este nuevo campamento no se ajusta al modelo establecido en los tratados para un *vexillatio* de dos cohortes.

—Con todos mis respetos, legado —contestó Marco—, los tratados solo muestran un modelo ideal, que puede y debe ser adaptado a las circunstancias, ya sean las características del terreno, los materiales disponibles o el número real de hombres. Si hemos de permanecer aquí, estas murallas constituyen la mejor defensa posible.

—Parece que al fin estás reconociendo tu incapacidad para

diseñar un nuevo campamento de invierno. ¿O es que estás dando a entender que el ejército romano no puede construir una fortificación superior a la de unos bárbaros?

El tono era deliberadamente ofensivo. Fanio Cepión se enorgullecía de expresarse con eso que algunos nobles llamaban «franqueza»: evitar caer en la falsa modestia que supone no tratar a un inferior como tal.

—No, legado. —Marco se vio obligado a explicarle lo obvio—. Pero llevamos quince días de marchas ininterrumpidas, casi sin víveres, bajo la lluvia y el frío invernal. Los que no han muerto están enfermos, heridos o al borde de la extenuación. Edificar un nuevo campamento de invierno partiendo de cero es algo que se encuentra más allá de nuestras fuerzas.

—Y, sin embargo, es a los grandes generales a quienes les corresponde hacer lo imposible —concluyó Cepión.

Una vez finalizada la reunión, Marco no sintió el alivio de costumbre. Hasta ese momento, la sequedad de su garganta y el zumbido en su cabeza se habían confundido con el habitual malestar ante situaciones como aquella, pero ahora la frente le ardía como si fuera un brasero.

Quinto caminaba a su lado, aparentando indiferencia. Ambos se dirigían hacia el campamento, pero él rara vez mostraba un gesto de familiaridad para con nadie, pese a que en el pasado, los dos solos y espada en mano, se hubieran enfrentado a media docena de jinetes basternos. Aunque la época de las proscripciones había quedado atrás, un hombre de su posición debía cuidar a quién demostraba amistad, por el bien de ambos.

—Deberías haber prestado más atención en las clases de retórica.

Le hablaba con el ceño fruncido, sin apenas mover los labios.

—¿Hubiera aprendido a ser mejor ingeniero? ¿A tener más sentido común?

—En ambos casos la respuesta es no —repuso—. Pero después de tantas horas malgastadas con el maestro de retórica, acabas encontrando ciertos argumentos predecibles. Te has metido tú solo en la trampa.

—La próxima vez me cubriré mejor las espaldas.

—En realidad, él ya había tomado esa decisión, dijeras lo que dijeras. Trasladar hasta aquí el campamento no es que sea algo que se aleje de la ortodoxia militar. Después de todo, llevamos meses obviando las normas más elementales del arte de la guerra. El problema de fondo es que nuestro legado no va a tomar ninguna decisión que reconozca, aunque sea tácitamente, que ha perdido a la mitad de los hombres que se le confiaron.

—Eso es estúpido.

—Eso es política, y la política es estúpida. Ante un problema, una conducta racional sería tratar de solucionarlo, pero la solución política siempre será negar su existencia.

32 Marco recordó el día en que vio por primera vez a Cepión, dos años atrás, como nuevo oficial al mando de la IX Legión. Su apática mirada cuando le expuso sus necesidades le dejó bien claro que, para él, aquel cargo no era más que un molesto trámite dentro de su carrera política. Si lograba labrarse una buena reputación, podría convertirse en *propretor* provincial antes de regresar a Roma y así aspirar al consulado, que era la meta de cualquier noble. Por ello, cuando estalló la rebelión de los morinos, no le sorprendió que Cepión no quisiera perder tiempo reuniendo a sus tropas y, con tan solo las dos primeras cohortes, forzara marchas hasta Gesoriacum, temeroso de que alguien le robara la gloria. El legado apuntaba alto, y para los miembros de la clase senatorial no existía ninguna diferencia entre lo político y lo militar: ambos intereses confluían peligrosamente.

—Deberías ir a que te viera Antígono —le dijo Quinto.

Él asintió. No deseaba importunar al médico, pero las fiebres se habían llevado a demasiados compañeros como para no tomarse en serio su estado. Tras despedirse de él en la puerta pretoria, recorrió la senda toscamente empedrada para dirigirse al hospital.

Las tiendas de campaña habían sido cubiertas por túnicas raídas tendidas al sol, tras haber sido engrasada su cobertura de piel para impermeabilizarlas. Algunos soldados se acurrucaban en su interior, envueltos en gruesas mantas de lana, mientras otros molían el grano recién repartido o trataban de prender

fuego a la escasa leña que casi por milagro habían logrado mantener seca. El resto limpiaba pacientemente sus armas, aunque aquellos exentos de servicio se habían reunido en pequeños grupos que charlaban en voz baja, intercambiando monedas, fragmentos de torques y otros frutos del saqueo. No le extrañó descubrir a Annio sentado junto a varios miembros de la primera cohorte, jugándose a los dados el escaso botín obtenido.

Encontró el hospital abarrotado, a pesar de que habían sido montadas más tiendas para albergar a los heridos. Algunas disponían de un pequeño zócalo de piedra que mejoraba sus condiciones de salubridad y se habían excavado varios canales a su alrededor para evitar que el agua se filtrase por el suelo, pero no eran más que un albergue miserable, con las paredes manchadas de moho y sangre, en el que los heridos eran amontonados sobre el suelo húmedo.

Marco recorrió las tiendas, contemplando aquellos cuerpos despedazados, apiñados como en los accesos de un anfiteatro, y de repente se sintió fuera de lugar. Iba a marcharse, pero entonces oyó una voz ronca a sus espaldas:

33

—Estoy aquí...

Antígono era un joven de cuerpo fibroso. Una nariz prominente y dos marcadas entradas le otorgaban el aspecto de un ave de presa, aunque se trataba de un hombre desconcertantemente honesto, casi ingenuo, con el que se podría jugar a la *micatio* incluso en la oscuridad. Su mirada poseía la intensidad del que no oculta nada y la fortaleza de aquel que siempre ve la muerte como un enemigo, y nunca como un posible aliado. Rodeado de una soldadesca ruda y tosca, en el mejor de los casos, fanfarrona y cruel, la mayoría de las veces, se había ganado el respeto de todos demostrando una clase de valor único: la de aquel que, en la batalla, siempre piensa en los demás antes que en sí mismo. Era griego, de Tarento, aunque había estudiado medicina en Alejandría. Desde que Julio César estableció exenciones fiscales a esta profesión en la urbe, los mejores médicos habían procedido de las ciudades helenas. Al ser itálico, Antígono poseía la ciudadanía romana, aunque hablaba latín con un acento horrible y evitaba, en la medida de lo posible, expresarse en una lengua que, por lo demás, pasaba por ser menos culta.

—Tienes mal aspecto —dijo, preocupado.

Marco podría haberle dicho lo mismo. El médico había pasado toda la noche cosiendo heridas, reparando fracturas y amputando miembros, bajo la débil luz de las lucernas. Y saltaba a la vista que la mañana había transcurrido de una forma no muy distinta.

Se aproximó a él mientras se lavaba los antebrazos, ensangrentados hasta los codos.

—Me disponía a irme —se excusó.

—No te preocupes —repuso el médico—. Siéntate, ya había terminado.

Cuando obedeció, su amigo abrió el estuche del instrumental médico y comenzó a inspeccionar en su interior. La vista de Marco deambuló de un punto a otro hasta recaer sobre un cuerpo, apenas oculto por una manta raída. Era Décimo Valerio, un muchacho del Quirinal a quien acostumbraba a escribirle las cartas que este enviaba a su madre, pues él apenas sabía leer. Como agradecimiento, le había regalado un estuche para guardar sus planos, un cilindro de madera con una tapa cuidadosamente labrada, pulida con paciencia con una piedra de río. Marco conservó aquel estuche durante años; en su memoria, Décimo permanecería joven para siempre, al igual que tantos otros que fueron quedándose atrás.

—En otras circunstancias, tal vez podría haberle salvado —reconoció el médico, con semblante cansado—. Sin embargo, atender a ciertos heridos puede llevar tanto tiempo como hacerlo con solo dos, y nunca tienes la seguridad de que se vayan a recuperar. Eso es lo más inhumano de la guerra. Matar a un hombre puede ser cruel. Ver caer a los tuyos resulta duro. Pero tener que elegir quiénes han de morir y quiénes vivir debería ser tan solo una decisión de los dioses.

Sonaba a disculpa, aunque no tenía por qué darla. Pero eso era precisamente lo que diferenciaba a Antígono de la mayoría de los médicos, quienes se ven obligados a desarrollar cierta insensibilidad ante la muerte. Un mecanismo que les permite soportar el horror cotidiano, no muy distinto al que termina por endurecer el corazón de todo soldado.

—Hipócrates escribió que las heridas son una ventana que nos permite observar el interior de un cuerpo mientras aún

está vivo. —Hablaba en voz baja, como si revelase algún oscuro secreto—. Sin embargo, cuando me alisté, no esperaba encontrarme con todo esto. Al menos, una vez que haya terminado mi libro, estas muertes no habrán servido para nada.

Al igual que los demás, Antígono se esforzaba por encontrar algún sentido a lo que en apariencia no lo tiene, por hallar algo de esperanza donde solo hay muerte. Sus apresuradas anotaciones y sus vacilantes dibujos sobre papiros salpicados de sangre no eran más que su herramienta para conseguirlo. Otros debían recurrir a otros caminos mucho más oscuros para alcanzar ese mismo fin.

Durante unos instantes, el médico apoyó su oído sobre el pecho de su paciente. A continuación, abrió su boca para inspeccionar el interior y, tras ello, observó con atención su rostro, prestando especial atención a la brecha de la frente.

—¿Podrás adivinar...? —le preguntó Marco.

—Yo no hago adivinación; solo estudio los signos que permiten conjeturar qué enfermos sanarán y cuáles morirán.

Entonces extrajo unos saquitos de tela de una caja de madera.

35

—Aunque lo cierto es que no hace falta elucubrar demasiado —añadió, introduciendo algunas hierbas en el interior de un almirez—. Hipócrates y la escuela de Cos descubrieron que el cuerpo humano se compone de cuatro humores: sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla, formados por una mezcla de otros tantos elementos universales, como son el fuego, el aire, la tierra y el agua. Cualquier alteración en este equilibrio, debido a un exceso de frío, sequedad, humedad o calor, trae consigo la enfermedad y la muerte.

Sabía del interés de su amigo por su arte, así que nunca desaprovechaba la oportunidad de impartir una pequeña lección.

—Por eso resulta tan importante mantener una dieta sana —concluyó—. Es decir, una alimentación equilibrada, beber con moderación, ejercicio periódico, aseo diario y, sobre todo, no someter al cuerpo a excesos de frío y humedad.

Esto último lo dijo observando a los soldados que deambulaban entre centenares de tiendas erigidas en un barrizal perdido en los bosques de la Galia.

—Tú solo has sido el primero en llegar.